



ORTEGA y FRIAS
**HONOR DE ESPOSA
CORAZÓN Y DE MADRE**

LECTURA

AÑO I
NÚM. 30

25 MAYO
1926

SEMANAL

POPULAR

PRE-
CIO:
10
CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJAS», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE *por Ramón Ortega y Frías*

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora de don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde mujer, y del que, ni Monzón que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira

(Continúa en la penúltima página).

maneras, he de morir pronto, porque soy bastante viejo, y vos no habréis conseguido hacer dichoso a Querubín.

— ¡Sí, porque será esposo de vuestra hija!

— Como sabrá quién es su madre, sufrirá mucho y se sentirá horriblemente atormentado por su conciencia, porque creerá que, aunque inocente, él ha sido la causa de que su madre se vea deshonrada a los ojos del mundo.

— ¡A pesar de todo eso, os mataré!

— Y yo, a pesar de todas vuestras amenazas, acabaré mi obra.

— ¡Don Pedro!...

— ¡He concluído!

— ¡Reflexionad!

— ¡Ya he reflexionado bastante!

— Antes de que el plazo se cumpla...

— ¡Dispuesto me tenéis a empuñar la espada! — replicó el padre de María enérgicamente.

Y se puso en pie.

Sordamente rugió don Juan.

Sentíase ahogado por la cólera.

Convencíase más y más de que era impotente para luchar con el comendador.

Aseguraba la condesa que estaba decidida a sacrificar su honor, antes que sacrificar a sus hijos; pero como era posible que todavía cambiara de resolución, no quería don Juan precipitar los sucesos, ni mucho menos echar sobre sí la pesada carga de la gravísima responsabilidad de lo que pudiera suceder.

Bien había dicho la condesa que nada conseguiría su antiguo amante con ir a ver a don Pedro de Saavedra.

Grandes, sobrehumanos esfuerzos tuvo que hacer don Juan para contenerse.

Escapábanse llamaradas de sus ojos.

Su respiración era violenta.

Había enrojecido su rostro como si fuese a brotar sangre.

Sufría como pocas veces había sufrido durante su penosa vida.

—Ya conocéis mi resolución—dijo don Pedro—, y debo advertiros que es irrevocable.

—¡Bien pronto sabrá el mundo que sois un miserable sin conciencia; bien pronto concluirá vuestra envidiable reputación de hombre honrado! A vuestra víctima la acusará el mundo por su debilidad; pero la considerará desgraciada, y su desgracia inspirará compasión, mientras que vuestra ruindad no puede inspirar más que odio o desprecio profundo. ¡Os arrancaré la máscara de vuestra hipocresía, sabrá todo el mundo que abusasteis torpe y criminalmente de la pobre Mariana, y que vuestra hija Consuelo!...

—Si he de morir—interrumpió el señor de Saavedra—, ¿qué me importa mi reputación? Al mundo se le tiene miedo cuando hay que estar en el mundo; pero cuando no sucede así, las acusaciones del mundo no espantan.

—¿Y la justicia del Omnipotente?

—¡Muy lejos vais, don Juan!

—Si es que de la justicia divina dudáis...

—Peor para mí.

—¡Oh!

—Esperaré a que el plazo se cumpla; y si es que queréis que antes se resuelva la situación, cúmplase vuestro deseo, pues yo no he de ponerlos ningún estorbo. Inútil es recordar ahora todo lo que ha sucedido desde que vuestro hijo vino a turbar el reposo en esta casa; inútil es, porque de todo ello os habrán dado exacta y minuciosa cuenta, y si por un momento os ponéis en mi lugar, comprenderéis que, después de las ofensas que he recibido, la existencia debe serme odiosa si no satisfago mi sed de venganza. ¡Me amenazáis con la muerte! ¡Co-

metéis una torpeza, don Juan! ¿Para qué quiero la vida si ha de ser un tormento? ¡Sí, matadme; y cuanto más pronto mejor! ¡Decid al mundo que soy un miserable! ¡Pobre mundo! ¡Sus acusaciones no han de llegar hasta el fondo de la sepultura donde repose mi cadáver!

—¡Cumpliré mi deber de padre y caballero!

—¡Y yo triunfaré!—replicó don Pedro con una complacencia diabólica.

Era preciso poner término a la conversación, porque de otro modo, tal vez don Juan no hubiera podido seguir dominándose.

—¡Nos veremos cuando hayáis cometido el último abuso!

—¡Está bien!

Salió el padre de Querubín.

—¡No—dijo don Pedro cuando estuvo solo—; no verás cumplidos tus deseos, porque deshonoraré a la condesa y desapareceré antes que me busques!

Después de decir estas palabras, que revelaban hasta qué punto eran ruines los sentimientos del padre de María, volvió a sentarse, inclinó la cabeza y reflexionó.

El miserable juzgó por su corazón el ajeno, y temió que le asesinasen para que no pudiera cumplir sus amenazas.

Su odio a Querubín y su sed de venganza habían trastornado al comendador.

—¡Podrán asesinar-me—dijo—; pero quedará deshonrada la condesa!

Luego llamó a su criado y confidente Andrés.

CAPÍTULO XCVII

Otra ruindad del comendador

No presagiaba Andrés nada bueno de la visita de don Juan, y se alegró mucho de que su señor le llamase, porque creyó que le daría explicaciones.

Satisfecho, muy satisfecho iba a quedar el sirviente, sabiendo cuando menos lo esperaba lo que tantos deseos había tenido de averiguar.

—Andrés—dijo el caballero—, ya sabes que muy pronto termina el plazo.

—Por lo mismo, cada minuto me parece una eternidad.

—El triunfo será nuestro; pero aún pueden nuestros enemigos cometer un abuso, y como no quiero que mi venganza quede sin satisfacer, voy a poner a prueba otra vez tu lealtad.

—Vuestra señoría me honra demasiado.

—Lo que está sucediendo no lo entiendes.

—Ya he confesado mi torpeza.

—No es torpeza, Andrés.

—Entonces...

—Es que no conoces el secreto que voy a confiarte. Los ojos del sirviente brillaron.

—¡Un secreto!—murmuró.

—Y de muchísima importancia.

—Señor, pesada carga son siempre los secretos, y grave es la responsabilidad del que los conoce.

—Ciertamente: pero es preciso que esa responsabilidad la aceptes.

—Espero las órdenes de vuestra señoría.

—La condesa ha de ceder; y si no lo hace así, es preciso que pague cara su tenacidad.

—¿Tiene medios vuestra señoría para tomar el desquite?

—Sí, con tal que me dejen la vida.

—Todos somos mortales, señor.

—La única defensa de nuestros enemigos, la salvación única de la condesa consiste en cerrar para siempre mis labios; y como les interesa mucho hacerlo así, y como tiene el mismo interés don Juan de Monzón, puede suceder que, desesperados, apelen al puñal de un asesino, en cuyo caso nada tendrían que temer, y realizarían todas sus aspiraciones sin que su dicha fuese turbada por su conciencia, porque pruebas han dado de que para ellos la conciencia no es más que una palabra.

—Todavía no entiendo, señor.

—Pues escucha.

—Así cumplo mi deber.

—En su primera juventud, la que hoy es condesa de Rocanegra y don Juan de Monzón se amaron con un amor tan intenso como el que ha trastornado a mi desgraciada hija.

—¡Es un buen antecedente!

—Pero don Juan se ausentó, creyóse que había muerto, y la mujer a quien amaba tuvo que ceder ante la autoridad de su padre, y se casó con el conde.

—¡Una historia como muchas!

—Don Juan volvió.

—Y como amaba todavía...

—La condesa cumplió sus deberes de esposa.

—¿Y nada más?

—A su vez el conde se ausentó.

—Sí, ya sé que estuvo en América.

—Llegaron noticias de que había muerto.

—¡Ah!...

—Su esposa se consideró libre...

—Libre era don Juan también.

—Dejáronse dominar por su pasión, y el resultado de su extravío fue una criatura, un niño que se vio abandonado, perdido...

—¿Y ese niño ?...

—Es Querubín.

—¡Querubín!—exclamó el sirviente con acento de la más viva alegría— ¡Querubín es hijo de la condesa!

—Sí.

—¡Y la condesa tiene la reputación de una santa!

—Ya lo sabes.

—¡Y vuestra señoría conoce ese secreto, y ha vacilado!

—¡He querido ser generoso!

—¡Oh!

—¿Crees ahora que triunfaremos ?

—¡Sí, sí!

—¿Crees que es posible que la condesa sacrifique su honor ?

—Y si lo sacrifica, ¿qué conseguirá ? Con don Juan de Monzón se entenderá el conde, y Querubín, lo mismo que Leandro...

—¡No podrán ser dichosos!

—Pero les queda un recurso; vuestra señoría lo ha dicho antes.

—Hacerme enmudecer.

—Pero si yo conozco el secreto...

—Acabarás mi obra y, en cambio, serás rico.

—¡Y no he adivinado la verdad! ¡Oh!

—¡Ahora, silencio y disimulo!

La alegría trastornó al sirviente.

El secreto era un verdadero tesoro para el miserable. Suponiendo que la condesa cediera, Andrés haría lue-

go lo que había hecho su señor, y exigirla por su silencio cuanto se le antojara.

Ya era dueño de un arma con la cual podía cometer toda clase de abusos.

Para un hombre como Andrés, aquel secreto era como una mina de oro.

¿Qué más podía desear?

Ingrato hubiera sido quejándose de la fortuna. Largo rato pasó antes de que pudiera dominarse.

¿Qué calificación merece la conducta del comendador?

Revelar el secreto de la deshonra de aquella infeliz mujer, confiar aquel secreto a su criado, era el último crimen.

Aun cuando la pobre madre se decidiera a sacrificar la dicha de sus hijos, nada conseguiría, puesto que ya su falta era conocida por Andrés.

Preciso es creer que se había trastornado la razón de don Pedro, y esto es lo mejor que del miserable podemos decir.

Si don Juan de Monzón hubiera presenciado aquella escena, le habría sido imposible dominarse.

¿Y qué haría Querubín el día que supiese apreciar con exactitud la conducta de don Pedro?

Tal vez se olvidaría de que era el padre de la mujer a quien amaba; tal vez no pensaría más que en vengar a su noble y desgraciada madre.

No por días, sino por momentos, era más horrible la situación para las víctimas del señor de Saavedra.

—Te he dado la última prueba de mi confianza—dijo éste después de algunos minutos.

—¡Gracias, señor; gracias!

—¡Mira cómo me pagas, Andrés!

—¡Ni sacrificando la existencia podré pagar lo que debo a vuestra señoría!

—Debemos esperar a que el plazo se cumpla

- Y entretanto vuestra hija y mi señora...
- ¡Estoy tranquilo!
- Sigo creyendo que la condesa...
- Sí; tiene en su poder a mi hija.
- Y si la condesa cede...
- Me la devolverá.
- Y si decide sacrificar su honor...
- Entonces, todo lo arreglará su esposo.
- Esa es también mi opinión.
- Estamos de acuerdo, y me alegro mucho.
- Opino que vuestra señoría no debe salir de casa durante la noche, y aun de día...
- Tú me acompañarás.
- Tan poco tiempo falta para que se cumpla el plazo, que nuestros enemigos no han de poder realizar plan alguno.
- Así lo creo.
- Muy poco más hablaron, porque nada tenían que decirse.
- Los dejaremos entregados a su criminal alegría, e iremos en busca de la condesa para presenciar escenas de gran interés.

CAPITULO XCVIII

De cómo la noble condesa destrozó el corazón de María

No sabemos si era irrevocable la resolución de la condesa; pero sí que quiso ponerla en práctica aquel mismo día en cuanto se refería a la hija del comendador.

En tanto que don Juan de Monzón salía de su casa para ir a ver a don Pedro, la condesa entraba en su carruaje y se dirigía a la casa de campo.

El estado moral de María era el mismo, y a pesar de

su amor y de todos los razonamientos y súplicas de Querubín, la desgraciada joven insistía en volver a su casa.

Recibió a la condesa tan cariñosa como tristemente, y le preguntó si había que lamentar alguna nueva desgracia o si la situación había cambiado favorablemente.

—Sí—respondió la dama—; la situación ha cambiado, o, para decirlo con más exactitud, cambiará mañana y quedará completamente resuelta.

—Señora, vuestra agitación, vuestro acento...

—Nada temáis, porque para vuestra dicha no habrá mañana más estorbo que la voluntad de vuestro padre.

—Sin embargo...

—Y de nada ha de servir que vuestro padre se empeñe en que habéis de ser esposa de mi hijo Leandro, si mi hijo se niega, como se negará resueltamente, a ser vuestro esposo.

—¡No comprendo!—repuso María fijando en la pobre madre una mirada de extrañeza.

—Sufriréis; pero tendréis el consuelo de la esperanza, porque algún día seréis completamente dueña de vuestras acciones, y entonces podréis realizar vuestros deseos.

—Pero ¿qué ha sucedido? ¿Qué es lo que ha de suceder mañana?

—Que yo pronunciaré el fallo, porque de mí depende vuestra dicha.

—¡Señora!...

—Hay un misterio que no habéis podido penetrar, y ese misterio...

—¡Me hacéis temblar!

—Tranquilizaos, porque yo sola sufriré. ¡Toda la desdicha será para mí, para mí todos los tormentos!

—¡Dios mío!

—Y no me quejo; no tengo derecho para quejarme, porque justo es que yo pague las culpas que he cometi-

do. Si he dudado, si me habéis visto vacilar, ha sido porque tuve la esperanza de que la conciencia de vuestro padre se levantaría para impedirle continuar su horrenda obra.

—Mi padre...

—Perdonad si hirió vuestro filial corazón; pero...

—Severo es mi padre, señora; muy severo, lo reconozco.

—¡Algo más!

—La severidad no es un crimen.

—¡Vuestro padre es un desalmado!

Exhaló María un grito.

Púsose en pie.

Brillaron como dos carbunclos sus magníficos ojos.

Su frente se contrajo.

Su mirada se fijó casi terrible en la condesa.

—¡Niña inocente!—murmuró la dama— ¡Ahora es cuando empezáis a sufrir, porque ahora es cuando vais a conocer el corazón humano! ¡No hay dicha como la ignorancia, no hay goce tan dulce como el de las ilusiones de la juventud; pero la fatalidad quiere que yo sea quien desvanezca vuestras ilusiones y os presente la negra realidad!

Convulsivamente temblaba María.

¿Qué significaban las palabras de la condesa?

Poseída de terror empezó a sentirse la hija de don Pedro.

—Sentaos—le dijo la dama—; sentaos y escuchadme, porque es preciso que conozcáis el secreto. Mañana veréis que me acusa el mundo, y para que las apariencias no os engañen, voy a deciros la verdad.

—Señora, os suplico...

—Dentro de dos horas estaréis al lado de vuestro padre.

—¡Ah!

—¡Escuchadme!—volvió a decir la condesa.

María, como el autómatas que obedece a sus resortes, se sentó, y fijó en la condesa una mirada de afán y de temor.

Algunos instantes pasaron sin que pronunciase una palabra. Por fin la desgraciada madre rompió el silencio para decir:

—Bien sabéis lo que es un amor inextinguible; yo amé como vos, y, lo mismo que vos, me vi contrariada.

—¡Digna sois de compasión!

—Contra mi voluntad, y cuando creí que había muerto el hombre a quien amaba, me casé con el conde de Rocanegra, haciendo el sacrificio para evitar escándalos.

—Y después, cuando supisteis que vivía el hombre a quien amabais...

—Cumplí mis deberes; pero mi esposo fue al Nuevo Mundo, y algún tiempo después llegó la noticia de que había muerto. Me consideré libre, decidí casarme con el que siempre amé..., fui débil, y pocos días después de tener un hijo, mi esposo volvió.

María se cubrió el rostro con las manos.

—Estoy deshonrada —añadió la condesa con breve acento—; pero nadie conoce mi deshonra. Mi hijo desapareció durante una enfermedad gravísima de su padre. Le hemos buscado en vano. ¡Ah! ¿No adivináis quién es la criatura fruto y testimonio de mi debilidad?

—¡No sé! ¡Estoy aturdida! ¡Me parece que sueño!

—El hijo de mi desdichada pasión es Querubín.

Un segundo grito exhaló María.

—¡Sois madre de Querubín!—exclamó— ¡Su madre!

—Sí—contestó la condesa.

—¡Dios misericordioso! ¿No he perdido la razón?

—Seguid escuchando, que ahora vais a conocer el alma de vuestro padre.

—¡No; no quiero conocerla; soy su hija!

—¡Es preciso!

María inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

—No se me oculta lo que sufrís—dijo la condesa—; pero la culpa no es mía, sino de las circunstancias. No sé cómo vuestro padre pudo conocer el secreto de mi deshonra; pero ello es que lo conocía, y que sabía también dónde se encontraba mi hijo.

—¡Sí; por eso le ofreció a Querubín darle a conocer sus padres!

—Pues bien; cuando el comendador, que se envanece con su nobleza, se convenció de que mi hijo Leandro no cedería, me puso en la alternativa más espantosa, dándome a elegir entre mi deshonra y el sacrificio de Leandro.

—¡Imposible, imposible!

—Y aun hay más—dijo la condesa, que parecía decidida a ser implacable—: no solamente era la desdicha de Leandro la que vuestro padre labraba, sino la vuestra y la de Consuelo, que también es su hija, ¡que es vuestra hermana!

—¡Mi hermana!—gritó María con destemplada voz.

Y quedó inmóvil, con los ojos extremadamente abiertos y fijando en la condesa una mirada que lo mismo podía ser de sorpresa que de espanto.

¡Cuánto debía de sufrir la pobre niña!

Preciso es no olvidar su inocencia.

Para ella era un imposible lo que acababa de decirle la condesa, y, sin embargo, tenía que creerlo.

¡Consuelo su hermana! ¡Ruín su padre hasta el último grado de la ruindad!

Destrozábase el alma de María.

¡Infeliz!

Su sufrimiento lo comprendía perfectamente la dama,

que también sufría mucho; pero era preciso continuar, preciso concluir.

¿No estaba la condesa decidida a sacrificar su honor por la dicha de su hijo?

Pues si tanto hacía ella, no era posible que nada perdonase a los demás.

Sobre todo, la situación lo exigía así, así lo exigían las circunstancias, que eran superiores a la voluntad de todos.

La condesa prosiguió diciendo:

—Aun no sabe Querubín que soy su madre; pero lo sabrá muy pronto. Ahora podéis comprender mi conducta; ahora os convenceréis de que vuestras desgracias no tienen ningún valor comparadas con las mías.

—¡Cuánto mal me hacéis!—murmuró al fin la hija del comendador.

—¡No soy yo; es el Destino!

—¡Por Dios, señora; decidme que estoy soñando o que he perdido la razón!

—Ni lo uno ni lo otro.

—¡Decidme que habéis mentido para poner a prueba la energía de mi alma!

—No.

—¡Dios mío! ¡Esto es horrible!

—¡Sí, muy horrible; pero, desgraciadamente, es verdad!

—¿Aseguráis que Consuelo es mi hermana?

—Y os juro que es verdad.

—¡Ah!

—¿No veis en todo esto la mano del Omnipotente?

—¡Veo mi desdicha!—respondió la hija de don Pedro, en tanto que un torrente de lágrimas se escapaba de sus ojos.

—He querido luchar, o más bien, he hecho cuanto es imaginable para ganar tiempo, con la esperanza de que

despertara la conciencia de vuestro padre; pero nada he conseguido más que destrozar mi corazón, y ha llegado el momento terrible. Me ha fijado un plazo, el último, plazo fatal que va a cumplirse, y tengo que decidir, tengo que pronunciar le terrible sentencia contra mi honor o contra mis hijos.

—Es imposible que mi padre se atreva a cumplir su terrible amenaza; y si aún resistís...

—Juzgáis por vuestros nobles sentimientos a los demás.

—Señora...

—Desgraciadamente, os equivocáis.

Por horrible que fuese la situación, era preciso aceptarla.

Así lo comprendió María.

Ya había sufrido el más terrible golpe, y quiso continuar para poner en claro las dudas que aún tenía.

Hizo, pues, un esfuerzo, enjugó su llanto, y dijo:

—Permitidme hacer algunas observaciones.

—Es muy justo.

—¿Qué pruebas tenéis de que Consuelo es mi hermana?

—Las explicaciones que por escrito ha dado su pobre madre.

—Esa infeliz mujer, aunque muy honrada, puede equivocarse.

—Vuestro padre no ha tenido valor para negar que Consuelo es su hija.

—Entonces...

—¿Queréis otra prueba?

—¡No es menester!

—Puedo daros muchas.

—¿Y no teme mi padre que el señor de Monzón le pida cuentas de su proceder?

—Cuando descargue el terrible golpe se ocultará, y,

en último caso, yo quedaré siempre deshonrada; tanto más deshonrada cuanto mayor sea el escándalo.

Inclinó María la cabeza y reflexionó.

Después de algunos minutos de silencio había cambiado de expresión su rostro, revelando una energía inconcebible en sus pocos años.

No parecía la misma mujer, no era ya la criatura tímida y cándida.

—Señora—dijo—, supongamos que vuestras desgracias no me interesan, que nada quiero hacer en vuestro favor.

—¿Y bien ?

—Amo a Querubín, que sufrirá horribilmente el día que vea deshonrada a su madre, y de todo soy capaz para evitarle sufrimientos.

—No lo dudo.

—Si nada hago por vos, lo haré todo por el hombre a quien amo.

—Proseguid.

—Querubín también lo hará todo por su madre, absolutamente todo, porque a costa del honor de su madre, no ha de querer la dicha.

—Es indudable.

—Y lo mismo debe creerse de vuestro hijo Leandro.

—Mi hijo Leandro debe de haber sospechado la verdad, porque ayer cambió repentinamente de resolución, y me dijo que estaba dispuesto a ser vuestro esposo.

—Entonces, se salvará vuestra honra.

—No.

—Sí; porque no me casaré con Querubín, sino con Leandro, y vos...

—¡Jamás!

—¿Quién ha de impedirlo ?

—¡Yo!—respondió enérgicamente la condesa.

—Si vuestro esposo consiente en ello, que consentirá, no hay nadie que tenga derecho a oponerse.

—¿Os olvidáis de vuestra hermana?

—Sufrirá lo mismo que Querubín; pero es demasiado noble, y preferirá morir antes de comprar su dicha a costa de vuestro honor. No la conozco...

—Es una mujer sublime.

—Pues bien; entonces todos sabremos cumplir nuestro deber.

—Y yo, cumpliendo también el mío, para que no os sacrificuéis, confesaré mi debilidad; para hacerlo así, nadie puede tampoco ponerme estorbo alguno.

—¿Lo veremos!—replicó María.

Empezaba a entablarse entre aquellas dos mujeres una lucha de nobleza, de abnegación.

Las dos querían sacrificarse por los demás. ¿Triunfaría la condesa?

Lo dudamos, porque la resolución de María era irrevocable.

—El plazo terminará pronto, ya os lo he dicho—repuso la pobre madre—, y, por consiguiente...

—¡Perdonad!—interrumpió María.

—¿Qué queréis?

—La situación ha cambiado.

—Ciertamente.

—Ya no esperaré más, y hoy mismo volveré al lado de mi padre.

—Esa era mi intención, y para llevaros al lado de vuestro padre he venido.

—Vamos, pues—dijo María poniéndose en pie.

—Pero intentáis una locura.

—Señora, no tenéis derecho para retenerme aquí.

—Será un abuso; pero lo cometeré con la conciencia tranquila, porque así os hago un beneficio.

—¡Quiero volver a mi casa!

—Después que se cumpla el plazo.

—¡Ahora!

—¡No!

María fijó una intensa mirada en la condesa y guardó silencio.

¿Cómo debía terminar la escena?

Transcurrieron algunos minutos.

—Espero vuestra última resolución—dijo la hija de don Pedro.

—Ya la conocéis.

—¿Habéis contado con Querubín?

—No, porque para cumplir mis deberes y tranquilizar mi conciencia, no necesito la aprobación de nadie.

—Su opinión será la mía.

—Sin embargo, se opone a que volváis a vuestra casa.

—¡Está bien!

—Aquí os quedaréis.

—Meditaré, y mañana continuaremos esta conversación.

—Eso es, mañana.

Levantóse la condesa, abrazó a María y salió.

—¡Mañana!—murmuró la hija de don Pedro cuando estuvo sola— ¡No te esperaré, porque dentro de algunos minutos habré abandonado esta casa, y con ayuda de la Providencia volveré al lado de mi padre! ¡Ah! ¡Dadme fuerzas, Dios misericordioso; dadme fuerzas para consumir el sacrificio!

Rápidamente se alejó el carruaje en que iba la condesa.

María lo contempló hasta perderlo de vista, diciendo luego:

—Ya sé que en aquella dirección está Madrid, y eso me basta.

La inocente niña estaba resuelta a salir de aquella ca-

sa sin que la viesen los criados y correr hasta llegar a Madrid.

Muy atrevido era este intento; pero se sentía con valor para todo.

Miró a su alrededor.

Nadie la espiaba, porque la condesa no había dispuesto que se hiciese así.

Recorrió algunos aposentos.

Luego salió al jardín, empezando a vagar, como hacía muchas veces, y mientras miraba a la casa para aprovechar la ocasión, cuando ningún criado la observase.

Se sentó en un banco y esperó a que se alejara el jardinero, que andaba por allí también; pero antes de que sucediera así, detúvose junto a la puerta de la tapia un coche tirado por dos briosas mulas.

Llamaron.

El jardinero abrió.

María no pudo contener un grito.

Por entre el ramaje vio a Querubín que entraba; a pesar de que el jardinero quería impedirselo.

¿Debía alegrarse la joven de que en aquellos momentos se presentara su amante?

Pronto lo veremos.

CAPITULO XCIX

María cumple su noble propósito

Corrió Querubín.

María le salió al encuentro.

Los negros ojos del joven brillaban intensamente.

Lo que en aquellos momentos sufrió María no puede hacerse comprender.

Iba a separarse para siempre del hombre a quien tanto amaba.

Por última vez le veía, por última vez podía cruzar con el mancebo frases de ternura.

Luego el deber le mandaría hasta olvidarle.

¿Era esto posible?

No; pero la joven sabía cumplir los deberes penosos, y moriría antes que faltar a ellos.

—¡María!—exclamó Querubín estrechando las manos de la desdichada niña.

La infeliz se estremeció violentamente.

Parecía que amaba más que nunca al atrevido mancebo, y así era, porque más se ama todo lo que hay temor de perder.

—¡Los momentos son preciosos!—añadió el hijo de don Juan.

—Sí, ya lo sé.

—Poco después de haber salido de Madrid he encontrado el carruaje de la condesa.

—La he visto.

—¿De modo que ya conocerás la situación?

—Sí.

—Entonces no es menester que te explique...

—¡Nada!

—¡Quieren derrumbar en un momento el edificio de nuestra dicha, que hemos levantado a tanta costa; pero lucharemos, como hemos luchado, y triunfaremos!

María exhaló un penoso suspiro.

—Van a entregarte otra vez a la autoridad tiránica de tu padre; es decir, que vamos a retroceder. Pero nos encontraremos en peores condiciones que nunca, porque ya se sabe quién es el hombre a quien amas, ya no podré defenderme como otras veces me he defendido; y como don Leandro está dispuesto a ceder y ser tu esposo...

—¡Y lo será!—interrumpió la joven con breve acento.

—¡María!—exclamó Querubín con asombro.

Y en tanto que su rostro palidecía y se contraía violentamente, fijó una mirada de sorpresa profunda, y aun de espanto, en la hija de don Pedro.

—Sí—repuso ésta—; seré esposa de Leandro, tú sufrirás y morirás sin exhalar una queja, y yo suplicaré al Omnipotente que ponga fin a mi vida.

—¿Qué estás diciendo? ¿No me engañan mis oídos? ¿No estoy loco?

—No.

—¡Tú, esposa de Leandro!

—Escúchame, Querubín.

—¡No debemos perder el tiempo, porque la condesa dará muy pronto aviso a tu padre para que venga por ti, y si no te ocultas!...

—¡Es preciso que me escuches!

—Pero...

—Querubín, quiero saber si hay en tu alma algo que sea superior a tu pasión; algo más noble, más elevado, más sublime.

—¡No te comprendo!—dijo el joven, que por primera vez en su vida empezaba a sentirse aturdido.

—¿Eres egoísta?

—Tus palabras...

—¿Qué harías por tu madre?

—¡Oh!

—¡Responde!

—¿Y por qué hablas ahora de mi noble y desgraciada madre?

—Porque voy a decirte quién es; porque vas a conocerla.

—¡María! ¡María!—exclamó Querubín con voz agitada.

—Sí; voy a revelarte ese secreto.

—¡Acaba! ¡Si pudieras comprender lo que sufro!

—¿Por qué la condesa quiere obligar a su hijo Lean-

dro a que se case conmigo, a pesar de que sabe que le hace desgraciado para siempre, y que también ha de ser así imposible la dicha para Consuelo y para mí?

—¡No he podido penetrar ese misterio!

—Esa mujer, tan desdichada como sublime, ha tenido que someterse a las exigencias y a la voluntad de mi padre, porque mi padre la amenaza con la deshonra.

—¡Amenazar con la deshonra a la más honrada de las mujeres! ¡Imposible, imposible!

—Esa mujer honrada, ese modelo de virtudes, es, al fin, una criatura que tuvo un momento de debilidad.

—¡Ah!—murmuró Querubín mientras se pasaba las manos por la frente, que tenía inundada en frío sudor.

—Y el resultado de esa debilidad...

—¡Tengo miedo, María!—interrumpió el mancebo—
¡No prosigas! ¡Oh! ¡Sí, concluye!

—La condesa es tu madre.

—¡Mi madre!—exclamó el joven con acento indefinible.

Y como si sus fuerzas se hubieran agotado, dejóse caer pesadamente en el banco donde estaba María. Luego inclinó la cabeza, ocultó entre las manos el rostro, y se oprimió las sienes con fuerza convulsiva.

Inútil sería que intentásemos dar explicaciones sobre la agitación de su espíritu.

—¡Mi madre, mi madre!—murmuraba sin cesar y con sorda voz.

No necesitaba que le dijese más para comprender aquella situación horrible.

—Con una abnegación sin igual—dijo María—, tu madre infeliz ha decidido hacer el sacrificio de su honor en aras de la dicha de sus hijos. Pero ese sacrificio no lo acepta Leandro, porque no puede aceptarlo ningún alma noble, ni yo lo aceptaré; y como tú no has de querer que tu madre se vea deshonrada...

— ¡Dios mío! —gritó Querubín con el acento de la desesperación y elevando al cielo una mirada de súplica desgarradora.

—Es inútil amenazar a mi padre, porque antes de morir, y con una sola palabra, puede vengarse.

— ¡Ahora lo comprendo todo!

—La lucha ha concluído, y tú cumplirás tu deber; ¿no es verdad? Sí, Querubín; eres demasiado noble y generoso, y no vacilarás un solo instante: salvarás el honor de tu madre, seguirás mi ejemplo y el de tu hermano, y Consuelo tampoco vacilará.

— ¡Esto es demasiado horrible!

—No, Querubín; porque horrible no puede ser sacrificarse por una madre. ¿No deseabas conocerla? ¿No quieres abrazarla? ¡Debes considerarte dichoso!

Apenas se concebía tanta sublimidad y tanto valor en aquella niña.

No, no era posible que vacilase Querubín; pero ¡cuánto había de costarle el sacrificio!

Silenciosos quedaron.

Largo rato pasó. ¿Qué habían de decir?

No encontraban palabras para expresar lo que sentían.

María rompió al fin el silencio para decir:

—No; tu madre no me volverá a mi casa, porque quiere evitar que yo haga el sacrificio, y después que mi padre haya descargado el terrible golpe y cuando la desgracia no tenga remedio...

— ¡Comprendo!

—Tal vez hoy mismo publique ella su deshonor, y es menester que lo evitemos.

— ¡Madre mía!

—Estoy dispuesta a seguirte para que me lleses al lado de mi padre.

—Y después que nuestro sacrificio se haya consumado, cuando nada tenga que temer mi noble madre...

—¡Por Dios, Querubín!

—¡Sí—dijo enérgicamente el mancebo—; vengaré a mi madre, porque vengarla es también un deber! Manchadas quedarán mis manos con la sangre de tu padre; ¿pero qué me importará entonces?

María se estremeció violentamente.

—¡No—replicó—; no lo harás, porque siempre mi padre podrá deshonorar a tu madre, y porque no has de querer aumentar mis sufrimientos!

—¡Vamos, María; vamos, que el tiempo vuela!

—¡Sí, sí!

—Te acompañaré hasta tu casa, te respetaré, aunque ya no puedes ser mía; correré luego para abrazar a mi desgraciada madre, para hacerle creer que sólo con su ternura puedo ser feliz. Y no exhalaremos una queja, no; sufriremos silenciosamente, y moriremos sin que el mundo haya podido adivinar el secreto de nuestro horrible martirio!

—¡Tendré valor; no lo dudes!

—¡Por última vez nos vemos!

—¡Querubín, que cada minuto es un tesoro!

Casi puede decirse que en aquellos momentos estaban locos por el dolor los dos infelices amantes.

Nadie podía detenerlos.

Sin cuidarse de ver si los observaban, se dirigieron a la puerta, salieron, y entraron en el carruaje.

—¡A la calle de San Bernardo!— gritó Querubín. Y se acomodó frente a María.

El coche se puso en movimiento.

Los dos jóvenes inclinaron la cabeza y medio cerraron los ojos.

—Ni una sola palabra articularon.

Una hora después el carruaje se detenía frente a la casa del comendador.

— ¡Adiós, María! — dijo entonces Querubín con ahogada voz — ¡Buscaré la muerte, que es para mí la única esperanza risueña, pero mientras viva, sólo por ti latirá mi corazón, sólo por ti!

— ¡Dios me dará fuerzas para cumplir con mi deber! — interrumpió María.

Y en tanto que dos lágrimas se escapaban de sus ojos, estrechó entre sus convulsas y ardientes manos las no menos ardientes y convulsas de Querubín.

Más habían de sufrir cuanto más tiempo permaneciesen reunidos, y comprendiéndolo así María se apresuró a salir del carruaje y entró en su casa.

— ¡Jesús! — exclamó el portero — ¿No estoy soñando? ¿No me equivoco?

Y quedó inmóvil y contemplando con sorpresa a la joven que atravesó el portal y empezó a subir la escalera.

Entretanto el carruaje se alejaba.

Excepto Andrés y la doncella, todos los demás criados creían que María estaba en un convento y no podían comprender cómo tan repentinamente se presentaba sola.

Tampoco su padre la esperaba.

La presencia de la joven había de producir una verdadera conmoción.

La primera persona a quien encontró María fue a Andrés, que iba a salir.

— ¡Ah! — exclamó el criado.

Y quedó inmóvil como una estatua.

La joven no se dignó mirar al sirviente. Avanzó con rapidez.

Resonó un grito exhalado por la traviesa Juana.

— ¡Dios bendito!

—¿Dónde está mi padre ?—preguntó María.

—¡No me equivoco; es mi noble señora!

—Hablabamos después, Juana.

—Pero...

—¡Mi padre!...

—Está en su aposento.

No escuchó más la desdichada niña.

Corrió y bien pronto se encontró frente a su severo padre.

Púsose éste en pie y miró a su hija como si hubiera visto aparecer un fantasma, exclamando con voz ronca:

—¡María!

—¡Sí, es vuestra hija!

—¡Oh!

—Aquí me tenéis dispuesta a sufrir el castigo que tengáis a bien imponerme, pero antes escuchad lo que tengo que decir.

No acertó don Pedro a replicar, pues estaba completamente aturdido por la sorpresa.

María añadió con breve acento:

—Estoy dispuesta a ser esposa de don Leandro de Sandoval.

—¡Ah!

—Pero con una condición: habéis de reconocer a mi hermana.

—¡Tu hermana!—exclamó don Pedro retrocediendo como poseído de terror.

—Conozco todos los secretos, absolutamente todos.

• —¡Todos los secretos!

—Me sacrifico para que no consuméis el más horrendo abuso y aunque no sea más que para tranquilizar vuestra conciencia...

—¿Qué estás diciendo, desdichada ?—gritó don Pedro fuera de sí.

— ¡Matadme, y me haréis el mayor de los beneficios! Ya no podéis amenazarme, porque desde el momento en que estoy dispuesta a destrozar yo misma mi corazón, desde el momento en que el descanso de la muerte es para mí la única felicidad, no hay nada que pueda infundirme terror.

Profundamente sombría se tornó la mirada de don Pedro.

Nunca habían brotado en su mente ideas más horribles.

Sin necesidad de explicaciones comprendió que la condesa había revelado aquellos secretos a María, y se encendieron más y más el odio y los deseos de venganza del implacable comendador.

Su hija se casaría con Leandro y el anciano reconocería a Consuelo; pero la condesa quedaría deshonrada.

—Necesitáis reflexionar, padre mío—dijo María—; y yo necesito descansar y recobrar la calma, porque he sufrido mucho. Permitidme que me retire a mi aposento y después...

—Sí, espera mis órdenes—interrumpió el anciano, que se esforzaba para contener los arrebatos de su ira.

María se dirigió a sus habitaciones y llamó a su doncella.

Volvió a sentarse don Pedro, inclinó la cabeza y murmuró:

— ¡Lo sabe todo, todo! ¡Oh! ¡La condesa ha querido vengarse!... ¡Peor para ella, porque quedará deshonrada después que sus hijos se hayan sacrificado!

Quedó silencioso, reflexionó y luego dijo:

—Ya es inútil ocultarle a Andrés que Consuelo es mi hija.

El anciano llamó a su sirviente que había determinado quedarse cuando vio a María

Como se ve, la condesa quedaba en peor situación que nadie, y había de ser siempre la más desgraciada.

CAPÍTULO C

La historia de Mariana

Entre la condesa y sus hijos se había entablado la más desinteresada, la más noble de las luchas: una lucha de generosidad; pero, desgraciadamente, los esfuerzos de todos debían ser inútiles, pues Leandro y Querubín, lo mismo que María y Consuelo, hacían el sacrificio de su corazón, de su felicidad, y, sin embargo, la condesa quedaría deshonrada.

En el punto a que había llegado la situación no podía suceder otra cosa; es decir, que el desenlace había de ser el más triste, si bien sus consecuencias podrían tener un carácter de mayor o menor gravedad.

Muy odioso aparece el comendador; pero a pesar de cuanto de él hemos referido, no se le conoce bastante bien, y aún se duda de que fuese capaz de llevar sus crueldades hasta el último extremo, hasta lo inconcebible. Para disipar estas dudas, para que pueda precisarse con toda exactitud el alma de aquel hombre, tenemos que interrumpir el relato de los últimos sucesos, para dar a conocer los horribles detalles de la desgracia de Mariana.

Tenemos, pues, que retroceder a la época en que el comendador era joven y cometió, no solamente el abuso de sorprender el secreto de la condesa y de don Juan, sino de sacrificar a sus impuras pasiones la dicha de una pobre mujer desvalida y de noble corazón.

En las cercanías de la aldea donde había nacido

Mariana levantábase un edificio de sólida construcción y bastante grande, que podía ser considerado como un palacio si se comparaba con las humildes habitaciones de la pequeña población. Aquel edificio, así como una gran extensión del terreno que lo rodeaba, pertenecía a la noble familia de Saavedra, que aún conservaba ciertos derechos señoriales y era respetada profundamente por los habitantes de la comarca.

En distintos puntos, ya junto a un bosque, en una verde pradera o en una cumbre, veíanse otras pequeñas casas o chozas que servían de habitación a los pastores, guardas u otros dependientes del noble señor, y en el piso bajo del edificio principal vivían también otros criados y el mayordomo o administrador de la finca.

Algunos veranos los señores de Saavedra iban a pasar un mes entre los aldeanos, examinaban con más o menos atención el estado de sus bienes, daban algunas limosnas a los enfermos o más necesitados, regalaban a la parroquia algún objeto para el culto y volvían a la corte.

Cuando principia esta triste historia el dueño de la finca era don Pedro, que a pesar de sus treinta y tantos años no había querido casarse, y que, según decían, gastaba sus rentas en los goces de una vida borrascosa.

No le agradaban las delicias del campo, y desde que murieron sus padres y se hizo cargo de sus bienes no volvió a la aldea; pero necesitando recursos para sus extravíos, y pensando que allí podría encontrarlos, determinó pasar una temporada en la casa donde tantas veces había estado en compañía de sus padres.

Fue recibido don Pedro con tanta mayor alegría cuanto más deseada era su presencia, y se instaló en el soberbio edificio, empezando a ocuparse en examinar cuentas y buscar los recursos de que tenía tanta necesidad:

De sus prendas morales nada tenemos que decir, puesto que ya las conocemos: no tenía corazón y era orgulloso, a veces hasta el delirio.

Acostumbrado a la vida bulliciosa de la corte, se sintió aburrido a los pocos días: quiso distraerse y dispuso partidas de caza; pero esta diversión fatigaba su cuerpo y no le proporcionaba sus goces favoritos.

—¿Qué haré?—se preguntaba todos los días al despertar.

Y queriendo hacer mucho, concluía por no hacer nada.

Llegó su aburrimiento al último punto. Una mañana, al amanecer abandonó el lecho, salió de la casa y empezó a recorrer praderas y bosques.

Internóse en uno de éstos, sin reparar que la maleza destrozaba su lujoso y delicado ropaje, y una hora después, bastante fatigado, se sentó junto a la orilla de un pequeño arroyuelo que serpenteaba por entre la espesura. Delicioso era el lugar.

Entre el verde ramaje revoloteaban y trinaban los pájaros.

Algún rayo de sol penetraba como tímidamente a través de la bóveda de follaje para ir a reflejarse en las cristalinas aguas del arroyo.

En éste fijó la mirada el caballero, quedando inmóvil.

Bien pronto empezó a sentir una languidez dulcísima. Sus ideas fueron vagas.

No hubiera podido decir en qué pensaba.

Media hora transcurrió.

Percibióse un leve ruido que sonó a poca distancia.

Don Pedro se estremeció como si le despertasen del más profundo sueño.

Miró distraídamente a uno y otro lado.

De repente su rostro cambió de expresión, enrojeciendo como si fuese a brotar la sangre.

Intenso brillo animó sus pupilas.

Luego su corazón latió violentamente.

¿Qué le sucedía ?

Algo de mucha importancia había descubierto, pues miraba con creciente ansiedad y cada vez era más profunda su conmoción.

He aquí el motivo de lo que podemos sin exageración calificar de trastorno del caballero.

Había llegado al arroyo, y en un sitio donde éste se extendía bastante formando como una pequeña laguna vio una mujer, casi una niña, puesto que no tendría más de dieciséis años.

Era de una belleza casi ideal, no precisamente por la perfección de la forma, sino por un encanto inexplicable: una de esas bellezas que impresionan vivamente sin que se sepa por qué, y que cuando se han visto una vez, no pueden olvidarse jamás.

Eran sus ojos grandes, negros y de mirada viva unas veces, y otras profundamente melancólica.

Sus cabellos, finos y brillantes, caían en desordenadas crenchas sobre su espalda y sus hombros, mal encubiertos por su pobre ropaje, de lo cual se preocupaba tanto menos cuanto que no sospechaba la inocente niña que nadie la mirase.

Al llegar junto al arroyo se detuvo la joven, contempló las cristalinas aguas y entreabrió sus rojos y tentadores labios, desplegando la más encantadora de las sonrisas.

Luego se quitó los zapatos, y como quien busca un goce, levantando hasta la rodilla la falda, se metió en el arroyo para cruzarlo de orilla a orilla, paso a paso, deteniéndose con frecuencia y observando atentamente cómo la arena y la tierra se removían, subiendo a la superficie, esparciéndose y enturbiando por algunos momentos el agua.

El entretenimiento no podía ser más inocente.

Si algún trozo de ramaje o algunas hojas llegaban allí arrastradas por la corriente, la joven se empeñaba en ponerle un obstáculo con los pies, yendo y viniendo de un lado para otro, hasta que al fin el ramaje se escapaba arrebatado por las aguas.

Como, según hemos dicho, no podía sospechar la cándida niña que la mirasen otros ojos que los de las aves que revoloteaban entre la espesura, movíase con el más completo descuido, y sus movimientos tenían un doble encanto, un atractivo irresistible.

No sangre, sino fuego sintió el caballero que circulaba por sus venas, y tuvo que hacer grandes esfuerzos para no dejarse llevar de su primer arrebato.

¿Quién era aquella criatura de belleza sin igual ?

El señor de Saavedra nunca la había visto.

Supuso que aquella niña habitaba en alguna de las chozas de que hemos hecho mención, y que era hija de uno de los guardas o pastores.

Más de diez minutos estuvo la joven con los pies sumergidos en el agua.

Llegó por fin a la otra orilla, se sentó sobre la fresca hierba y empezó a coger algunas flores silvestres para formar un ramo.

Lo que entonces sucedió apenas puede explicarse.

Un grito de sorpresa exhaló la joven.

Se escaparon las flores de su mano, yendo a caer en el arroyo, y fueron arrebatadas por la corriente.

Inmóvil quedó la pobre niña.

Inclinó la cabeza y fijó en el suelo la mirada, en tanto que el carmín del rubor cubría sus mejillas.

El señor de Saavedra, sin poder ya contenerse, pasó al otro lado del arroyo, se acercó a la joven, la cogió una mano, que ella ni siquiera pensó en retirar, y le dijo:

—¿Cómo te llamas, hermosa niña ?

—Mariana—respondió con voz alterada la joven.

—¡Bellísimo nombre; aunque bello sería cualquiera siendo el tuyo!

Mariana guardó silencio: no podía responder, porque apenas comprendía aquel lenguaje, para ella extraño.

—¿Dónde vives ?—preguntó don Pedro.

—Allí—respondió la joven extendiendo el brazo—, en la choza del cerrillo.

—¿Quiénes son tus padres ?

—Los perdí hace muchos años.

—¿Eso quiere decir que eres desgraciada ?

—Las buenas almas me han amparado.

—¿Y a qué aspiras en el mundo ?

—¿Aspirar ? ¡No lo sé!—dijo Mariana encogiéndose de hombros.

—¡Levanta la cabeza, mírame! ¡Oh! ¡Magníficos ojos! ¿No sabes que eres muy hermosa ?

Otra vez enrojeció el rostro de Mariana, que se estremeció, y retrocediendo un paso dijo:

—¡Dios os guarde, señor caballero!

—¡No te vayas!

—¡Me espera mi padrino!

—¿Quién es ?

—Antón.

—¿No me conoces ?

—No.

—Soy don Pedro de Saavedra.

—¡Ah!

—¡Puedo hacer tu fortuna!

—¡Dios mío! Perdone vuestra señoría...

—¿Qué he de perdonar ?

—¡Yo no sabía!...

—Tranquilízate, que no me has ofendido.

a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hija viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fue recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa, porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando ve que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso aconseja a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo la condesa, Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos.

El comendador mete a su hija en un convento y de allí la rapta Querubín.

La condesa descubre que Querubín es el hijo que tuvo con don Juan de Monzón. Cuenta a Monzón lo que ocurre y éste se alía con ellos.

El conde de Rocanegra y Andrés deciden raptar a Consuelo.

El comendador, que sigue amenazándoles con descubrir el secreto de la condesa al conde de Rocanegra, en cambio se opone a que Rocanegra rapte a Consuelo, que es hija suya, pues muchos años antes don Pedro tuvo amores con Mariana y la engañó vilmente.

COLECCIÓN ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



TÍTULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1	J. M. V.	Rultabós	41	J. M. V.	El corralo amurallado
2		El talón por cautivos	42		Desolación en Baco
3		(Por ahí)	43	La Mota	El desafío del espino
4		La súplica de una mujer	44		Al otro costado
5		La virgen del Bordo	45	Desolación	El repite lagarto de jorco
6		El secreto de Juan-Baco	46		Los pecados del Bordo y la lazoante
7		Ultrapase Bordo	47		La compañía del Bordo
8	Esteban	Los cosas por	48		La lazoante
9	J. M. V.	Mé, Juan B	49		El secreto de Bordo
50			50		El hijo de Bordo

IMPRESO EN EL PAÍS DE LOS REYES

1944

1

DE VENTA EN LIBRERÍAS Y VECOS